

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PIÁS
DE BARCELONA

REVISTA DE LA QUINCENA

El excelente periódico *La Unión Católica* de Madrid, ha emprendido una campaña vigorosa y valiente contra el editor Sr. Calleja, quien ha inundado muchas poblaciones, entre otras Barcelona, de libros destinados á las escuelas de primera enseñanza, y que son altamente perjudiciales á la sana educación de la niñez. Sostiene esa plausible campaña el conocido escritor católico, Fray Juan de Miguel (Fray Mórtero), quien mediante un detenido y concienzudo análisis de varias de las obritas editadas por el Sr. Calleja, ha demostrado los perjuicios que la lectura de las mismas puede irrogar al alma inocente y candorosa de los niños. Por nuestra parte, aplaudimos sin reservas de ningún género la tarea francamente moralizadora que Fr. Juan de Miguel se ha impuesto, y nos felicitamos de que tantísimos Profesores de primera enseñanza, advertidos por la juiciosa y desapasionada crítica de *La Unión Católica*, hayan renunciado á seguir adquiriendo los libritos editados por el Sr. Calleja, atentos á no despertar en el alma y corazón de los discípulos ideas menos sanas, sentimientos menos nobles y generosos. Aunque nos duele el perjuicio material que la mencionada campaña puede irrogar al Sr. Calleja, y que ha impulsado á éste á acudir á los tribunales contra la propaganda de *La Unión Católica*, pero entre esos perjuicios y los que de orden más elevado se evitan á los incautos discípulos, optamos decididamente por aquéllos, ya porque el orden moral está muy por encima de los intereses materiales, ya también porque nada nos es tan caro y simpático como la inocencia de la edad primera.

La propaganda de *La Unión Católica* en favor de la educación sana, sería sin duda mucho más eficaz, si los demás periódicos católicos la hubieran con empeño secundado. Pero hase en esta ocasión verificado lo de siempre: por no aumentar los prestigios de *La Unión Católica* se ha preferido dejar indefensa la educación moral de la niñez, dejando que el periódico citado se las entienda con los tribunales. Algo parecido pudo registrar días atrás *La Unión Católica*. Hizo saber á sus lectores que S. S. León XIII, por

conducto del Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico, había felicitado á don Alejandro Pidal y Mon, por su elecuentísimo y bien pensado discurso, pronunciado en el Ateneo de Madrid. Pero como en este discurso, el Sr. Pidal y Mon, ateniéndose á las Encíclicas pontificias, había defendido el criterio representado en la prensa periódica por *La Unión Católica*, y por su acierto en la exposición doctrinal había sido felicitado por el Pontífice Soberano, se abstuvieron los otros periódicos católicos de la Corte, de dar noticia á sus lectores del referido acto pontificio, parapetándose tras sistemático silencio. Y una vez más se ha repetido el escándalo de la poca consideración que merecen á los periódicos católicos de España las manifestaciones pontificias, que no mejoran la menguada propaganda á que vienen dedicados.

Esta última consideración nos hace esperar con sobresalto la realización de un acto pontificio, que varias veces ha sido en estos últimos días anunciado. Varios periódicos han asegurado que León XIII preparaba y publicaría en breve una Encíclica dirigida á los católicos españoles, semejante á la famosa que dirigiera á los católicos franceses, y en la cual precisaría la actitud en que los católicos de España debemos colocarnos frente á los poderes constituidos y á la legalidad vigente. Si la Encíclica se publica, será lealmente acogida por las dignidades eclesiásticas y por todos los católicos que no tienen compromisos políticos, y surtirá más ó menos pronto el efecto que el Papa intenta; pero, ó mucho nos engañamos, ó presenciaremos el escándalo, otras veces dado, de que los partidos católicos que se crean contrariados por la Encíclica en sus afecciones políticas, prescindirán completamente de ella y procurarán que no sea conocida de sus adeptos y secuaces. Al tiempo nos atenemos.

*
* *

El Sr. Obispo de Teruel ha sido objeto de una manifestación por demás injuriosa, grosera y repugnante. Habiendo, en uso de un derecho perfecto y en cumplimiento de un deber ineludible, prohibido unas honras fúnebres de carácter político, más bien que patriótico, y que además debían celebrarse en día prohibido por las leyes litúrgicas, fué públicamente injuriado y silbado por una muchedumbre ebria y fanatizada, que no contenta con ese desahogo incivil, se permitió más tarde molestar á su Obispo con una monumental cencerrada, manifestando propósitos y conatos de pegar fuego al Palacio donde el Prelado se hallaba. Nada hicieron las Autoridades para impedir tamaña salvajada; y temiendo el Obispo turolense ser víctima de los odios africanos de unos cuantos desalmados, abandonó la Capital de la Diócesis y se trasladó á su palacio episcopal de Albarracín. Tales han sido los hechos. No se sabe que el Gobierno haya tomado medida alguna encaminada á depurar las responsabilidades; nada ha gestionado para atender á

la seguridad del piadoso Obispo; nada para devolver á la mitra el honor pisoteado por las turbas revolucionadas. Sólo se le ha ocurrido una cosa: suprimir el Obispado de Teruel y dejar así cesante al Ilmo. Sr. Fernández Rincón, castigándole porque, con su retiro á Albarracín, ha denunciado el abandono en que le dejaron, al ser atropellado, los representantes del Gobierno. Semejante procedimiento, discutido, y no sabemos si aprobado, en Consejo de Ministros, sería el colmo de la arbitrariedad, de la injusticia y hasta de la insensatez. ¿Qué dirían en Roma, qué se pensaría en el mundo civilizado, si el Gobierno Sagasta intentara concordar la supresión de la Diócesis de Teruel, porque su prudente Obispo, para poner á salvo su persona, se ha trasladado temporalmente al ex-palacio episcopal de Albarracín, sometido á su jurisdicción y enclavado en su propia Diócesis?

*
* *

Grandes preparativos se hacen en la ciudad de Valencia para que resulte grandioso y magnífico el Congreso Eucarístico que allá debe celebrarse los días 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23 del próximo Octubre. Nada omite el Excmo. Sr. Arzobispo para el buen éxito de ese primer Congreso Eucarístico Nacional. El *Horario* que la Comisión de Propaganda y Programa ha publicado, y según el cual dirigirán la palabra algunos Sres. Obispos, acusa un acierto tan prudencial en la distribución del tiempo y en la combinación de los diversos actos congresistas, que no dudamos que, al menos en sus líneas generales, podrá servir de norma á los sucesivos Congresos Eucarísticos que en España se celebren. El día 21 debe celebrarse un Certamen Eucarístico, en el cual se adjudicarán *premios* y *accesits* á las mejores poesías, composiciones literarias y musicales que se presenten sobre asuntos Eucarísticos que constan en el Programa ya publicado. Para la procesión con el Santísimo Sacramento, que se celebrará el día 22 de Octubre, se está construyendo una carroza, de estilo gótico, que llamará la atención por su belleza y por sus cualidades estéticas. Los PP. Escolapios y los PP. Jesuitas han ofrecido al Sr. Arzobispo las habitaciones de sus respectivos Establecimientos, para recibir á los reverendos señores Obispos y sacerdotes que vayan al Congreso; y D. José Pérez Arnal, gran industrial de Valencia, ha ofrecido al Prelado gratuitamente cuantas camas, colchones, sillas y muebles sean necesarios para hospedar decorosamente á los caballeros y señoras, que en calidad de socios del Congreso se trasladen en Octubre á Valencia. Presidirá, si la salud se lo permite, el Emmo. Cardenal Benavides, y pronunciará el sermón de clausura el Cardenal Sanz y Forés.

*
* *

El conflicto franco-siamés ha puesto en evidencia el gran poderío de la Francia y la confianza que tiene en sus propios destinos.

Una salvajada de los siameses contra algunas tropas francesas, atropelladas sin previa declaración de guerra y con desprecio del derecho de gentes, ha motivado una reclamación enérgica del Gobierno francés, quien en un *ultimatum* digno y enérgico, ha exigido una satisfacción á la bandera, una indemnización por los perjuicios que se le han irrogado y una rectificación de fronteras, que asegure las posesiones de los franceses contra ulteriores inesperados acontecimientos. La Inglaterra ha sido la primera en alarmarse por las exigencias de la República francesa, y los Periódicos ingleses han intimado á la Francia la necesidad de no perjudicar el comercio inglés y la de conservar la independencia del reino de Siam. Pero el Gobierno francés no se ha preocupado ni poco ni mucho de lo que se pensaba al otro lado del estrecho de la Mancha, y ha afirmado que defendería el honor y los intereses de la Francia sin admitir intervenciones de nadie. Esa actitud resuelta de la Francia ha hecho bajar el diapasón de los tonos vivos con que en un principio se expresó la prensa inglesa, la cual empieza á reconocer el derecho que asiste á los franceses para las reclamaciones formuladas.

Es muy de notar que abocados los franceses á un conflicto militar, han conservado toda la serenidad de juicio y toda la tranquilidad imparcialidad que caracterizan á los fuertes. Ya durante la perturbación que Alemania experimentó con ocasión de los proyectos militares, se mantuvieron los franceses completamente serenos y al parecer impasibles, como si les fuera indiferente la aprobación ó la no aceptación de las leyes militares alemanas, aunque éstas eran reclamadas por Guillermo II bajo el pretexto de que Alemania no podía quedar inferior á Francia en fuerzas militares. Con la misma indiferencia han mirado ahora la actitud de Inglaterra. Verdad es que los ingleses saben que Francia tiene un poderoso aliado en la Rusia, que acaso más que Francia puede abatir la política inglesa en Oriente. Debe además considerar Inglaterra que, si estallara la guerra en Siam, los siameses no sólo se levantarían contra los franceses, sino contra todos los europeos allí establecidos, muchos de los cuales son ingleses, y esto le hará ver lo peligroso que es apoyar á los indígenas contra una Potencia europea. Por esto, algunas potencias, Alemania entre ellas, envían buques de guerra á Bangkok, para hallarse representadas en caso de un conflicto militar, pues los siameses habían de envolver á todos los europeos en su odio á los franceses, ya que para ellos, franceses, ingleses, españoles, portugueses é italianos vienen á significar una misma cosa: europeos que allí comercian y que sólo viven allí para aprovechar las riquezas del país.

Como quiera que el conflicto quede resuelto, se ha demostrado ya que en Francia ha cambiado completamente la opinión acerca de la política colonial que debe seguir la República. Todos saben que la estrepitosa caída de Julio Ferry se debió á la oposición que

toda la prensa y la nación en general hicieron á los proyectos coloniales del jefe del oportunismo. Pero el actual Gobierno se ha visto unánimemente apoyado por la prensa, por las Cámaras y por la Nación, al declarar que Francia es una gran Potencia colonial, y que debe imponerse los más penosos sacrificios antes que ceder en sus conquistas y proyectos coloniales. Así es que el actual Gobierno, lejos de haberse visto hostilizado por la energía desplegada en los asuntos del extremo Oriente, y por las medidas que ha adoptado, ha consolidado su prestigio y se ha granjeado la confianza del país, deseoso de extender los dominios coloniales y la influencia de la política francesa.



Toda la prensa europea trae y lleva el nombre de Mr. Bearneert, Presidente del Consejo de Ministros de Bélgica, suponiéndole decidido á abandonar la Presidencia del Gobierno. Con una prudencia que le ha merecido los aplausos de toda la Europa, Mr. Bearneert ha establecido en la Constitución belga el sufragio plural; pero como no pueda lograr el acuerdo de las Cámaras constituyentes acerca de la reforma del Senado, ha indicado su resolución de abandonar el Ministerio, si no le es dado cerrar en breve el período constituyente, y la verdad es que los pareceres de los representantes del país continúan divergentes acerca de las cualidades que deben reunir los candidatos á la Senaduría y acerca de las condiciones que deben ofrecer los electores. Y no hay duda que una crisis ministerial sería gravísima en las presentes circunstancias, hallándose todavía funcionando la Constituyente. Por esto los Periódicos europeos dan tanta importancia á la anunciada dimisión del Presidente del Consejo de Ministros de Bruselas. Pero es indudable que si Mr. Bearneert dimite la cartera y le es aceptada la dimisión, el nuevo Presidente del Consejo pertenecerá al partido conservador católico, que es el que tiene mayoría en las Cámaras, mayormente cuando el partido liberal, sobre hallarse en minoría, está todavía más dividido que el conservador, acerca de las condiciones que deben requerirse á electores y á elegibles para el Senado. Y por otra parte, es imposible proceder á nuevas elecciones, antes que la revisión constitucional quede completamente terminada. Nuestra opinión es que el Rey Leopoldo no admitirá la dimisión de Mr. Bearneert, quien debe continuar en su puesto hasta que haya realizado la reforma constitucional iniciada durante su Gobierno, y en gran parte satisfactoriamente llevada á efecto.



La Italia ha entrado de lleno en el movimiento católico-social promovido por la Encíclica *Rerum Novarum*. Las ideas consigna-

das en ese memorable Documento habían producido una acción católico-social, importantísima por sus resultados prácticos, en Bélgica, en Suíza, en Alemania, en Francia y en los Estados Unidos. Italia, España y Portugal poco habían hecho para traducir en hechos las instrucciones de la Encíclica. Pero de algún tiempo á esta parte, la Italia despliega una actividad asombrosa, no sólo para propagar las doctrinas de la Encíclica, sino para organizar centros de obreros, Patronatos, Sindicatos, Montes-Píos, institutos benéficos, en conformidad con las enseñanzas pontificias. Ese movimiento de restauración social recibió su primer impulso en Carpineto, la patria de León XIII, donde se fundó un Centro encargado de activar en Italia la aplicación de la Encíclica *Rerum Novarum*, y con dependencia de ese Centro se han organizado otros en diferentes poblaciones de Italia. En Roma se ha constituido, bajo la Presidencia honoraria del Emmo. Cardenal Vicario y la efectiva del Barón von Bilgner, un Comité Internacional, dedicado á la propagación de las enseñanzas de la Encíclica y á su aplicación por medio de obras de caridad.

El Comité hace una doble propaganda: la propaganda teórica, difundiendo la misma Encíclica *Rerum Novarum*, ya por si mismo, ya por medio de sus corresponsales en los diversos países, entre todas las clases, pero principalmente entre las obreras; y la propaganda práctica, promoviendo la aplicación del espíritu de caridad aconsejado por la Encíclica, como la más bella eflorescencia del Evangelio, como el mejor auxiliar del espíritu de justicia que se trata de hacer imperar en favor de las clases obreras. Para mejor estimular á este efecto la generosidad de los Católicos, el Comité ha solicitado y obtenido del Soberano Pontífice un autógrafo que distribuido y esparcido por todas partes bajo una forma auténtica, inflame los corazones á concurrir á esas obras caritativas de que la salud social depende en gran parte. El Soberano Pontífice ha escrito de su puño y letra estas palabras del Salmista, tan propias para inclinarnos á socorrer á los necesitados:

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus. Ps. 40, firmado *Leo PP. XIII*.

El Comité ha distribuido ya algunas copias del autógrafo entre los Institutos religiosos, para que éstos puedan activar la propaganda benéfica de restauración social.

*
*
*

Mr. Paul Leroy Beaulieu, el primer publicista de Europa en materias financieras y comerciales, ha publicado en *L'Economiste Français*, un artículo sobre la situación de Italia, que ha tenido una fuerte resonancia, debida en gran parte á la autoridad indiscutible del Autor, y á las consecuencias que de sus afirmaciones naturalmente se desprenden. Mr. Leroy Beaulieu juzga seriamente

comprometida la situación financiera de Italia, la que se encamina rápidamente á la insolvencia, y llegará á ella, acaso dentro un período de cinco á seis años, si no se aplica con solicitud á hacer serias economías y radicales reducciones en los gastos que le exigen el ejército y la marina. Según el famoso economista, si Italia no apela á medidas heroicas, antes de seis años su nombre figurará en la lista de los Estados insolventes. Y como Leroy Beaulieu ha sido siempre partidario de la unidad italiana, á su grande autoridad financiera, se une en esta cuestión, una nota de imparcialidad que hace más tremendas las conclusiones que establece. Y como la causa de la próxima bancarrota italiana radica en las necesidades militares que impone la continuación de la *triple alianza*, deduce lógicamente que la política del flamante Reino, al buscar en las relaciones internacionales la seguridad de la posesión de Roma, ha sometido la nación á gravámenes superiores á sus fuerzas, y es preciso dar otra orientación á la política, si se quiere evitar una catástrofe financiera.

No defiende Mr. Leroy Beaulieu la necesidad de una reconciliación entre el Quirinal y el Vaticano, porque, como hemos dicho, es partidario de la unidad italiana. Pero los partidarios de la independencia de la Santa Sede, han aprovechado la sensación producida por el artículo en cuestión para hacer un enérgico llamamiento á los italianos, aconsejando la aproximación del Quirinal al Vaticano, como medida única salvadora, ya que una reconciliación del reino de Italia con la Santa Sede, permitiría la separación de la *triple alianza*, y la realización de las economías que de todos modos deben hacerse. Esta aproximación al Vaticano se impone con tanta urgencia, desde que se medita sobre el artículo de Mr. Leroy Beaulieu, que los diarios liberales de Italia, se han desencadenado con violencia frenética contra el economista francés, como si fuera el más decidido adversario de las instituciones italianas. La *Italia* y el *Popolo Romano* consideran al articulista como un malvado; pero la gran autoridad de que éste goza, hace que su trabajo alcance particular prestigio en toda la Europa. Y á la autoridad de Leroy Beaulieu como conocedor de los males de Italia, hay que añadir el desprestigio de los jefes de la política italiana, que desde muchos años á esta parte no tienen otro ideal que el *tirar avanti*, característico de todas las medianías. Por esto, estos políticos de bajo vuelo son incapaces de adoptar la única solución que podría salvar á Italia: la paz con el Papa. Es, por el contrario, lo único que rechazan con intransigencia. Pero la opinión pública empieza á preocuparse del negro porvenir que espera al reino de Italia, si éste se empeña en vivir enemistado con el Vaticano, y algunos periódicos empiezan ya á indicar la conveniencia de una reconciliación con la Santa Sede, para mejor atender á la grandeza y prosperidad de la patria italiana. Y á seguir el curso de las ideas la dirección que de algún tiempo á esta parte

ha tomado, no está lejano el día en que los verdaderos patriotas italianos conozcan y confiesen, que los destinos gloriosos de Italia son inseparables de los destinos del Vaticano, y que el mejor servicio que á la Nación pudiera hoy prestarse sería el de reconciliarla con Leon XIII, la única gloria de que puede envanecerse la Italia contemporánea.

* *

Desde el principio de su Pontificado Leon XIII trabaja por la unión de la Iglesia Oriental y la Romana. Los primeros trabajos encaminados á obtener la unión de las dos Iglesias, casi pasaron desapercibidos y nadie creía realizable el proyecto del Augusto Pontífice. A la consecución de esa unidad religiosa subordinó Leon XIII el programa del Congreso Eucarístico celebrado en Jerusalén pocos meses hace, y es preciso reconocer que los resultados obtenidos han superado las más halagüeñas esperanzas. El movimiento de aproximación á Roma de las Iglesias orientales, tan valientemente secundado por el célebre Strossmayer, obispo de Djakovar, se ha hecho mucho más amplio y enérgico desde que en Jerusalén se trataron los latinos y los griegos, y estudiaron las causas de separación de ambas Iglesias, la facilidad y conveniencia de su reunión y las condiciones generales en que ésta debería realizarse. Desde esa época la reunión de las dos Iglesias bajo la suprema autoridad del sucesor de San Pedro, ha sido la preocupación de los espíritus ilustrados, de las Comunidades religiosas, y hasta de la prensa periódica en Grecia, en Macedonia y en Rusia. M. Tricoupis, el primer estadista de la Grecia, sostiene con toda su influencia la idea de la unión y la propaga por medio de la prensa que le es adicta. Recientemente el Procurador del *Santo Sínodo* ruso, en un documento público dirigido al Cardenal Rampolla, habla de la unión de las Iglesias como del solo medio eficaz para resistir la ola ascendente de la impiedad y del socialismo. Pero el síntoma más agradable y significativo de la próxima unión, está en la discusión entablada, lo mismo en el Oriente que en los países latinos, acerca de las condiciones litúrgicas, doctrinales y jurisdiccionales que deben establecerse para llegar á una concordia sincera y definitiva. En esta cuestión, como en todas las que Leon XIII ha hecho objeto especial de su estudio y de su solicitud, el éxito más lisonjero ha coronado los esfuerzos del Pontífice, demostrándose una vez más la previsión admirable de S. S. y la prudencia exquisita con que se dirige á la realización de sus propósitos.

UN ACADÉMICO.



LA POLÍTICA PONTIFICIA EN FRANCIA

Terminando su mandato la actual legislatura francesa, y debiéndose proceder á nuevas elecciones en el presente mes de Agosto, oportunísimo nos parece examinar la fuerza que ha logrado en la opinion pública de nuestros vecinos, la política tan valientemente inaugurada por León XIII, como remedio único contra la fiebre descristianizadora de la República transpirenaica. Nadie en Europa vió con la claridad de que León XIII ha dado muestras admirables, no sólo la posibilidad, pero aún la facilidad relativa, de que la alta dirección política de Francia pasara de las manos sectarias de la francmasonería, á las manos honradas y patrióticas de los partidarios de la libertad religiosa y del derecho común. Era casi axiomático tres años atrás, que los católicos franceses debían ser enemigos irreconciliables de la República, y que los republicanos convencidos debían ser anticlericales y antimonárquicos, habiendo contribuido á formar ese criterio, así los partidarios de la Monarquía como los afiliados á la francmasonería, aquéllos para atraerse las fuerzas católicas y robustecer su partido político, y éstos para hacer responsable á la Iglesia de las animosidades y agresiones de los monárquicos y tener pretexto para ir descristianizando á la Francia. Apoyada la forma de Gobierno republicano en la voluntad nacional, diversas veces y por manera inequívoca demostrada, nada fué tan fácil á Mr. Gambetta, como concitar contra la Iglesia católica los odios y las preocupaciones de los republicanos, ya que los partidarios de la restauración monárquica ponían empeño en presentarse como los legítimos representantes y protectores de los intereses católicos. La célebre fórmula del fogoso tribuno: *El Clericalismo; he ahí el enemigo!* significaba para los adictos á la República, esto es, para la mayoría de los franceses, que la Iglesia católica era la enemiga de la causa republicana, la patrocinadora de la causa monárquica, la conspiradora principal contra las instituciones políticas que la Nación se había dado y quería defender á costa de cualquier sacrificio. Cuando la francmasonería francesa, por órgano de Gambetta, dió la orden de identificar el anticlericalismo y las instituciones republicanas, procedió con satánica sabiduría, pues la opinion pública en Francia, por lo mismo que era predominantemente republicana, creyó que debía manifestarse anticlerical; y los francmasones que en el Parlamento y en la prensa periódica representaban á esa mayoría, se apresuraban á denunciar á la Iglesia como el más firme apoyo de los viejos partidos monárquicos.

Mas llegó el día en que León XIII se determinó á separar la

causa de la Iglesia de la causa de los pretendientes monárquicos, á fin de desarmar á la francmasonería y quitarle todo pretexto de perseguir á la Iglesia y de enajenarle la pública opinion de los franceses. Comprendió León XIII que Francia estaba ya cansada de tanto anticlericalismo, y aprovechó el preciso momento en que su augusta voz pudiera tener resonancia en la Nación, para confundir, con una evidencia luminosa, lo mismo á la extrema derecha que á la extrema izquierda, distinguiendo entre los intereses imprescriptibles de la Iglesia y los intereses de los pretendientes, entre las instituciones republicanas, dignas de respeto y de obediencia, y la legislación de la República francesa, digna de animadversión y de oposición decidida. Veinte años hacía que un sofisma dominaba el alma apasionada de la Francia: este sofisma era: es imposible ser republicano y católico. León XIII denunció ese sofisma y lo trituro y lo lanzó al rostro de los partidos que lo habían engendrado y por tantos años mantenido. La prensa hizo de las declaraciones pontificias el tema preferente de sus discusiones y logró interesar la opinion pública. Como los actos de León XIII encaminados á dar nueva orientación á la política francesa, fueron repetidos, certeros, luminosos, el Episcopado y el Clero y la mayor parte de los Diarios católicos, se hicieron eco de las instrucciones de Roma, y se operó pronto un movimiento de adhesión á los planes pacificadores del grande Pontífice.

El Parlamento francés fué quien menos aparentó interesarse por los éxitos de la política pontificia. Había sido elegido en 1889 con los mismos programas que triunfaron en las elecciones de 1881 y de 1885: la unión conservadora y la concentración republicana; unión conservadora que pretendía salvar los intereses católicos, mediante la restauración monárquica; concentración republicana, que intentaba salvar la República, mediante la guerra al clericalismo. Eran, por consiguiente, programas de lucha, de division, de odios y de persecuciones. Y aún que el programa propuesto y recomendado por León XIII era programa de pacificación, de unión, de libertad religiosa, de respeto al derecho común, y se iba inoculando paulatina, pero seguramente, en las venas de la sociedad francesa, los Representantes de la Nación aparentaron no darle importancia, porque se oponía á los ideales políticos por ellos acariciados. Pero esa indiferencia no era más que aparente: bien comprendieron los unos que la unión conservadora, protectora de los intereses religiosos, no podría operarse en lo sucesivo mas que en el terreno republicano, y los otros, que la concentración republicana venia á ser inútil desde que el desligamiento de la Iglesia respecto de los partidos monárquicos ponía á la República fuera de peligro. La concentración republicana debía desaparecer, ó convertirse en concentración anticlerical: la unión conservadora debía disol-

verse, ó declararse nuevamente política. Así cayeron, arrastradas por la opinion pública, sacudida por la palabra pontificia, aquellas viejas fórmulas que parecían, hasta entrado el 1890, resumir la política pasada, presente y futura de la República francesa. Han continuado, sin embargo, en la Cámara los dos antiguos partidos uno frente á otro, con sus pretensiones católicas, el Conservador, con sus pretensiones anticlericales el de la Concentración republicana, mientras que en el país se han ido formando dos partidos nuevos que se disputarán la gobernación de la Francia: de una parte, sobre una base amplia, el partido de la libertad religiosa, comprendiendo á todas las personas de honradez pública, y formando el núcleo principal los católicos; de otra parte, sobre una base estrecha y movediza, el partido de la francmasonería sectaria, del cual formarán el núcleo más numeroso los oportunistas, que no se sumergieron en el cieno del Panamá. De aquí el que el Parlamento elegido en 1883 haya constado, durante la segunda época de su existencia, de partidos que no correspondían á los partidos nacionales; y de aquí, también, el que la mayoría republicana de esa Cámara, con ser tan anticlerical y tan sectaria, si no más, que las mayorías elegidas en 1881 y 1883, haya templado en estos dos últimos años sus ardores anticlericales y se haya abstenido de provocar conflictos religiosos y de enardecer los que las circunstancias han originado.

El gran diario franco-americano, el *Courrier de l'Illinois*, hablando de la orientación política dada por León XIII á la Francia, se expresa en estos términos: «La Francia atraviesa ciertamente una época de transición. Se despide de su viejo pasado embarcándose para los nuevos tiempos. Roma ha hablado; la causa queda juzgada. Es preciso someterse con amor. El reconocimiento y la aceptación de la forma republicana han llegado á ser un deber y una virtud después de las palabras del Papa. La monarquía ha formado á la Francia en su glorioso pasado y en su inmortal grandeza; pero ¡ay! la Francia no formará la monarquía..... San Luis ha muerto sin posteridad; la raza de Carlomagno no tiene otra espada que una caña ó un paraguas. Seamos, pues, republicanos á la manera de León XIII. Ascendamos á la barca para apaciguar las olas.»

A este propósito tienen gran valor las declaraciones que el Cardenal Lécot ha hecho á uno de los redactores del *Figaro*, y que creemos leerán con gusto nuestros suscriptores. —¿Dónde están, preguntó el redactor, la verdad y el deber?—La verdad y el deber, respondió el Cardenal, están en la obediencia absoluta al Papa. Así como no hay derecho contra el derecho, según expresión de uno de nuestros grandes Obispos, tampoco puede haber, para un católico digno de este nombre, verdad contra la palabra del Papa, deber contra las órdenes del Papa. No se trata

pues, de epilogar los grados de fe que debemos otorgar á las Encíclicas, ni sobre el alcance de las obligaciones que nos imponen. El amor filial como también el respeto se acomodan poco á esas dudas injuriosas, á esas discusiones bizantinas. Lo que hace falta es leerlas con una entera sinceridad, y hecho esto, conformar á ellos su conducta, si se intenta esto; porque León XIII se ha expresado con una claridad que nada deja que desear, y aquellos que no quieren conformarse pertenecen á la familia de los sordos de que habla la Escritura: *Aures habent et non audient*. León XIII nos ha ordenado aceptar el régimen establecido. Pero algunos han pretendido que *acceptar* no significa *adherirse*, y que en el pensamiento del Papa, se trataba simplemente de una aceptación de todo en todo material. Pero yo encuentro esta distinción, y otras por el estilo, pueriles y ociosas. Debemos aceptar la República, y debemos aceptarla *definitivamente*. Pero hay en la República cosas que sólo podemos aceptar con carácter provisional.

—Las leyes escolares y militares? preguntó el Redactor.

—Justamente. Ese doble ejemplo, en efecto, se impone. Aquí la adhesión plena y entera no es permitida, ni menos aún está ordenada, porque el principio sobre que esas leyes se apoyan es malo. Pero digo que debemos aceptarlas provisionalmente, porque la rebeldía contra las leyes es siempre condenable, salvo el caso en que la obediencia nos pusiera en el de cometer pecado. Por lo demás, estoy intimamente persuadido de que se concluirá por reconocer que las dos leyes en cuestión no llenan bien el fin que se intentó al establecerlas, y que además sirven mal los intereses del país. Y nuestros legisladores se persuadirán de ello tanto más pronto, cuanto habrán menos ruidosamente protestado, porque las protestas—necesariamente vanas—de los católicos sobre estos dos puntos, no pueden dar actualmente otro resultado que estimular las pasiones antireligiosas de sus adversarios.

—Si yo os he comprendido bien, Eminencia, vuestra distinción entre lo que debemos aceptar á título definitivo, y lo que no debemos aceptar sino á título provisional, corresponde á la distinción hecha por León XIII mismo entre el gobierno y la legislación.

—Ni más ni menos.

Tomando pie de esta declaración, Mr. Ranc, uno de los jefes más influyentes y caracterizados de la política sectaria, y el paladín de la *Concentración republicana*, ha escrito lo siguiente en el diario *Paris*: «Todo esto es muy hábil, y el movimiento evolutivo está muy bien combinado. Yo no pretendo que en el pensamiento del Cardenal Lecot exista propósito alguno contra la República. *Admito gustoso su sinceridad y la de muchísimos otros adheridos*. La cuestión, por lo demás, no está aquí. La Iglesia,

bajo la inspiración del Papa, trabaja para formar en Francia un gran partido libre de toda alianza con los monárquicos y que llegue poco á poco á gobernar la República. Los adheridos son la vanguardia de este partido. *Los conservadores están en su puesto y en su derecho, ensayando atraerse la mayoría del país y tomar la dirección de los negocios.*» Este testimonio es, por su procedencia, de un valor incalculable, y demuestra el arraigo que va adquiriendo la política pontificia en Francia.

Le Temps alaba la firmeza y la sabiduría de las declaraciones del Cardenal Lecot, observando que en el campo de los republicanos avanzados *se experimenta un real embarazo*, por no ser posible acusar á los católicos de *refugiarse en sutilezas equívocas*. Y después añade: «Cualquiera que sea la actitud que se tome en las futuras consultas del sufragio universal, ¿no es una gran ventaja que el campo de la lucha esté ahora bien circunscrito, y que se haya eliminado de nuestra política interior esa cuestión constitucional que todo lo domina, todo lo entorpece, y se opone á la clasificación normal y racional de los partidos? Desde el día en que, por las instancias repetidas de León XIII, los católicos se han resuelto á separar su fe religiosa de la causa monárquica, el principal elemento de discordia, dentro y fuera del Parlamento, se ha desvanecido. Y si la distinción y hasta el antagonismo de los métodos gubernamentales no ha desaparecido, al menos se ha dado un paso decisivo en la vía de la reconciliación nacional, en el aproximamiento de todos los franceses por un mismo amor y una misma adhesión hacia la patria republicana.»

La única oposición abierta que la política pontificia ha encontrado en Francia, es la de los partidos monárquicos. Al manifiesto de Haussonville, de que ya tienen noticia nuestros lectores, ha seguido la hostilidad de la prensa periódica monárquica. La *Gazette de France* se ha permitido recriminaciones contra las altas autoridades eclesiásticas, especialmente contra el Cardenal Lecot, propias sólo de los diarios libre-pensadores. Pero aún ha estado más agresivo é irreverente M. Paul de Cassagnac, redactor en jefe de *l'Autorité*. Recordando todos los servicios prestados ó que él cree que han sido prestados á la Iglesia por los «conservadores» reunidos sobre «el terreno religioso», en las luchas electorales, denuncia la negra ingratitud de las dignidades de la Iglesia que, rompiendo la asociación, dejan á los adversarios de la República operar sobre los diferentes terrenos que les son propios. Tanta ha sido la intemperancia de Cassagnac y correligionarios, que los *Debates* se ha creído poder enderezarles la siguiente filípica: «¿De qué vienen lamentándose Cassagnac y sus amigos? Cuando el Papa León XIII, por medio de actos públicos, solemnes y reiterados, ha dado á los católicos consejos é instrucciones sobre la conducta que debían seguir acerca del Gobierno y de las instituciones de su país,

M. Cassagnac y sus amigos han declarado altamente que, como ciudadanos franceses, no podían someterse á las direcciones de la Santa Sede, que en su calidad de hombres políticos pretendían conservar su independencia, su plena libertad de acción, y continuar haciendo á la República una guerra sin tregua, á despecho del Papa, y prescindiendo de sus Encíclicas. Muy bien; nadie soñaba en disputarles ese derecho. Pero habiendo tomado ese partido, debían aceptar las consecuencias, renunciar á mezclar ahora su política en los asuntos de la Iglesia, de que políticamente se habían separado, y tomar sus medidas para colocarse en lo sucesivo sobre un terreno que no fuera el terreno religioso. Era de esperar que se lanzarían á la arena electoral con sus propias banderas, con una política del todo laica y temporal, dejando á la Iglesia el cuidado de defender sus intereses espirituales bajo la inspiración y la obediencia de su Jefe. Mas he aquí que ahora se revuelven contra la Iglesia y le reprochan amargamente el que no les siga y no los secunde. Se admiran de ver á los Obispos conformándose con las instrucciones del Soberano Pontífice. Pretenden que éstos «interpretan falsa é hipócritamente la grande palabra del Papa.» Pero ¿qué autoridad tienen ellos para interpretar una palabra que han rechazado? Bien se ve que esos Obispos interpretan fielmente el pensamiento del Papa, puesto que se observa que Cassagnac y sus amigos están ahora tan irritados contra ellos como lo estuvieron contra el autor mismo de la célebre Encíclica.»

J. ABRIL.

Las elecciones en Francia y la política pontificia.

Va á ser abierto el periodo electoral en la vecina República, y todos los partidos se preparan para la lucha. Lo que más ha de llamar la atención, bajo el punto de vista católico, es el éxito que obtendrá la política pontificia, pues se anuncia ya que unos doscientos candidatos se dirigirán al cuerpo electoral, prometiendo seguir en un todo las instrucciones de León XIII, declarándose franca y sinceramente republicanos á la vez que ardientemente católicos. Mas aunque esperamos que la política pontificia estará representada en las próximas Cámaras francesas por una numerosa, respetable y compacta minoría, eco fiel y reforzado de la mayoría del país, también abrigamos la seguridad de que los partidarios de la *nueva política* no obtendrán en los comicios el resultado á que pueden aspirar, por no hallarse organizados para la lucha. Es indudable que á estas horas la política recomendada por León XIII tiene las simpatías de la generalidad de los franceses; pero lo es también que si todos los partidos militantes tie-

nen una organización más ó menos vigorosa, y cuentan con multitud de comités encargados de dirigir los trabajos electorales, en cambio el partido católico nada ha hecho en ese sentido, y es probable que llegue la víspera de las elecciones y nadie haya tomado aún la dirección del mismo. Sucederá sin duda alguna que muchos candidatos se presentarán con el programa de León XIII en sus respectivos distritos, y que en general, si no consiguen el acta de Diputados, obtendrán una votación satisfactoria, porque ese programa tiene simpatías en la opinión nacional; pero como será imposible que los Candidatos católicos ostenten unidad de acción, y menos aún unidad de criterio, por no haber un impulso director que reuna las fuerzas católicas, se verán precisados á entablar la lucha en condiciones desventajosas, frente á sus adversarios sometidos á una táctica y á una disciplina, que suplirán en no pocas comarcas la inferioridad de partidarios. Ahora debería ya funcionar un Comité Central, y con subordinación á él los comités departamentales, y éstos deberían ya entender en la organización de los comités locales.

Esta falta de organización, aunque hace temer un fracaso para las próximas elecciones, es consecuencia necesaria de un hecho sumamente satisfactorio. Y es que la política pontificia no ha sido impuesta á los franceses por los jefes de partido, sino que á éstos se les impone la conciencia nacional. Si los directores de la política francesa se hubieran apoderado del programa de León XIII, y con él se hubieran dirigido á las masas populares, á buen seguro que el resultado de las elecciones, obedeciendo á ese impulso comunicado desde arriba y reforzado por los comités antiguos, sería brillantísimo, y que si no una mayoría parlamentaria, tendría la República católica una numerosísima minoría, que acaso lograra hacer prevalecer su criterio. Pero la política de León XIII, propagada por el Episcopado y el Clero, ha encarnado en la nación francesa, y es la pública opinión quién la patrocina; y por esto, al tratarse de designar quien la represente en el Parlamento, el movimiento procede de abajo, y carece de unidad de acción, y se desenvuelve sin plan, sin jefes moderadores, sin organismos auxiliares. Mas por lo mismo que la política pontificia vive en la conciencia nacional, tiene asegurado el triunfo definitivo, debiendo prevalecer, para su propia fuerza, sobre los convencionalismos de partido.

Con todo, aunque el éxito no corresponda al número de electores católicos y al celo que indudablemente desplegarán la mayor parte de los Candidatos, es preciso no caer por esto en el desaliento, porque éste puede ser tan funesto como una presunción infundada. Raro sería que un grupo político verdaderamente nuevo, y sin haber logrado aún organizarse, adquiriera de primer antuvión la fuerza numérica que tiene derecho á adquirir. Y va á ser la vez primera, que de un modo franco y abierto

de un extremo á otro de la Francia, los católicos se presentarán con un programa republicano, sin atenuar con perifrasis y anfibologías su republicanismo y su catolicismo. Y para la mayor parte de los electores este lenguaje será completamente nuevo, y no es fácil que al punto renuncien á sus antiguas prevenciones, y que, si bien impresionados por la autoridad augusta que les aconseja una actitud tan inesperada, no se resuelvan á romper inmediatamente con las anteriores convicciones y con el criterio antes dominante. Por esto es preciso estar prevenidos, pues lo que no se consiga en la próxima campaña electoral, se conseguirá ciertamente en las campañas posteriores. Ha de empezarse por arrojar la semilla: el terreno está preparado gracias á la solicitud de León XIII, valientemente secundada por el Episcopado y por ciertos espíritus superiores, y aunque no es posible que la semilla fructifique como por ensalmo, pero ahondará sus raíces, y germinará rápidamente, y más tarde brindará frutos sabrosos y copiosísimos. Cualquiera que sea el resultado que se obtenga, fuerza será convenir en que se está al principio de una experiencia nueva, y que la obra de pacificación iniciada en la conciencia pública, se proseguirá en las combinaciones políticas con una seguridad incontestable. Lo cual deben tener muy en cuenta los católicos franceses, puesto que los adversarios del Papa, así en Francia, como fuera de Francia, se esforzarán en atenuar los resultados obtenidos, declarando que la política pontificia ha producido todo el resultado que de ella podía esperarse.

Entre los candidatos católicos que hasta hoy han anunciado su candidatura, figura Mr. Esteban Lamy, el primero que en Francia inició la política recomendada por León XIII. La respetabilidad de Mr. Lamy, su ilustración, su prestigio, la sinceridad con que desde un principio acogió la política pontificia, abandonando su retraimiento, para convertirse en apóstol de la doctrina enseñada por la Santa Sede, el apoyo que el *Correo del Jura* presta á su candidatura y las recomendaciones que de ella hacen los más caracterizados Diarios católicos, todo indica que los adheridos de la región del Jura estarán honrosamente representados en el Parlamento por Mr. Lamy, uno de los hombres más sabios, más elocuentes y mejor acreditados de la Francia contemporánea. En cambio, el presbítero Garnier, que tanto se ha distinguido por su propaganda en favor de los obreros católicos, se ha opuesto tenazmente á presentar su candidatura á Diputado, por más que se le aseguraba que obtendría un triunfo brillante. Aunque es cuestionable la conveniencia de que figure el Clero en nuestros Parlamentos populares, parece, sin embargo, que allí donde deben promoverse debates apasionados sobre los derechos y las libertades de la Iglesia, es preferible que sean los seglares quienes defiendan los intereses católicos, para no susci-

tar contra la Iglesia persecuciones y atropellos. Aún sin tratarse de cuestiones religiosas, ha sido objeto el pueblo católico de Alsacia-Lorena de amenazas, que quiera Dios no lleguen á cumplirse, por haber elegido para el Reichstag á varios Sacerdotes católicos. En algunos distritos de la Baviera, los católicos han excluido de sus programas en las pasadas elecciones á los nobles y al Clero, habiendo con tales programas sacado triunfantes nueve de sus candidatos. Y por contarse veinticinco Sacerdotes en el Reichstag alemán, temen algunos que si la actitud del Centro dificulta la gestión política del Gobierno, sea tratada la Iglesia católica en el Imperio con un rigor que recuerde los ominosos tiempos del Canciller de hierro. Por donde, aplaudimos la conducta del Abate Garnier al oponerse resueltamente á que su nombre figure entre los candidatos al Parlamento francés, que sin duda discutirá ampliamente la orientación dada por León XIII á la política francesa.

Y esto no es vana conjetura. Ya en el periódico *Le Matin*, el jefe de la concentración republicana ha empezado á declarar *contra los Cardenales y Obispos que se mezclan abiertamente en la cosa política*, y se lamenta de que la Francia haya sufrido tan pacientemente la ingerencia del Papa en sus asuntos. Reconoce el articulista que las altas dignidades eclesiásticas no tienen empeño en que la República desaparezca, y hasta confiesa que de buena fe trabajarán por consolidarla, pero entiende también que la República recomendada por Roma, no es la República que hoy existe, sino una República ante todo católica y pontificia, una República que tendrá de la actual la forma externa, pero cuyo espíritu será el de los gobiernos históricos. Por esto termina el articulista con este grito de guerra: A la hora presente, los adheridos y sus sostenedores, ¡hé ahí el enemigo! Y los electores católicos no deben perder de vista que es cierto efectivamente que si el Papa y los Cardenales han recomendado la adhesión á la República, no es porque sientan preferencias por esa forma particular de gobierno, sino porque así han creído servir mejor á los intereses católicos y á la grandeza y seguridad de la Francia, viendo una verdadera solidaridad entre la causa católica y la causa nacional. Pero esa solidaridad no será jamás reconocida por los republicanos liberales y sectarios, quienes harán lo posible por denunciar y denigrar la política pontificia.

Esto obliga á los electores católicos de Francia á atenerse estrictamente al programa de León XIII, que se mantiene constantemente en las alturas de los principios generales, sin descender nunca á las pequeñeces de los partidos políticos y de las luchas apasionadas. Son bajo este punto de vista dignas de todo encomio, las declaraciones hechas por Mr. Lamy, conde de Mun, y Mr. Jacobo Pion, quienes se han mantenido en el terreno de las reivindicaciones generales, defendiendo un programa mini-

mum, que aleje todo pretexto de contiendas, y dentro el cual quepan todas las personas honradas que se interesan por la libertad de todos los ciudadanos y por la grandeza de la patria común. A todas las gentes honradas invita Leon XIII á una común colaboración en beneficio de una misma obra de pacificación nacional y de universal rejuvenecimiento. Lo que hay que salvar en Francia, no son los intereses de partido, ni la República, ni la Monarquía, ni el cesarismo, ni el advenimiento de este personaje, ni la preponderancia de aquella agrupación; sino la seguridad nacional, moral y política, el derecho común, el conjunto de ideas, de sentimientos y de recuerdos que constituyen el alma y la existencia de la nación francesa.

Y además de atenerse á su programa *minimum*, que es el pontificio, y que no puede ser desechado por ningún francés honrado y patriota, deben los católicos defenderlo con entusiasmo, con calor, con verdadero apasionamiento. Es preciso hablar al pueblo francés con el lenguaje del corazón, no con el lenguaje de los labios. Es preciso que los candidatos manifiesten amor á ese pueblo, tantas veces acariciado y seducido; que le persuadan de que en efecto se interesan por su bienestar, por su regeneración, por sus libertades y por sus derechos. Es preciso repetirle sin cesar que se siente predilección por sus instituciones, que se trabajará lealmente por la consolidación de la República que se ha dado, por las reformas sociales que pide en justicia. El lenguaje correcto y elegante debe ceder su lugar á la voz del alma. Los triunfos obtenidos por Mgr. Ketteler en Alemania, por Ireland y Gibbons en los Estados Unidos, por Docurtins en Suiza, por Pothier y Helleputte en Bélgica, debidos fueron á su entusiasmo por la causa que defendían, pues desde que los pueblos se persuadieron de que sinceramente se buscaba su bien y su ennoblecimiento, se echaron en brazos de sus directores, que les deparó la Providencia.

J. JUBERO.

LA RAZON Y LA FE

Es un hecho innegable, evidente, que desde la aparición del Cristianismo sobre la tierra, le han combatido constantemente tres clases de enemigos: los heresiarcas, los sofistas y esos hombres frívolos en apariencia, que todo lo destruyen con la sátira y la mofa. Esos seres descarriados, que engolfados en el piélago de sus mentidas elucubraciones forjan mil combinaciones arbitrarias y confeccionan sistemas denigrantes encaminados á extinguir en las almas el sello de la divinidad, han sido siempre victoriosamente refutados por una pléyade incalculable de pri-

vilegiadas inteligencias, que surgiendo á través de los siglos, consagraron todas sus energías á la defensa de nuestra augusta Religión. Hoy mismo, que tan lastimados se hallan los intereses morales, económicos y políticos, ¿por ventura no se agitan sobre ese proceloso mar hombres eminentes que, con su preclara doctrina y distinguido talento, realizan tentativas para oponer un dique al torrente devastador de avanzados principios, formulados en el pasado siglo por la llamada por antonomasia Escuela francesa?

León XIII, el Pontífice felizmente reinante, ¿no aparece ante la investigadora mirada como un sol augusto, cuyos esplendurosos rayos evaporan cual humo las densas nubes en que la ignorancia y la mala fe intentaran sumergir á la nave de San Pedro?

¡Ah! la Iglesia católica, bien lejos de encadenar la razón y coartar el vuelo á la humana inteligencia, le abre horizontes infinitos y le sirve de brújula para no extraviarse en sus discursos. La Iglesia es la salvaguardia de los intereses sociales; y el mundo moderno se lo debe todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospicios para los desgraciados hasta los suntuosos templos edificadas por los Miguel Angel y adornados por los Rafaeles; su moral es divina y no se concibe cosa más amable y majestuosa que sus dogmas, su doctrina y su culto. La Iglesia favorece al espíritu, perfecciona al gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, da vigor al pensamiento, ofrece ideas nobles al escritor y modelos perfectos al artista; en una palabra, la Iglesia es árbol frondosísimo cuyos sazonados frutos proporcionan á la humanidad desvalida las delicias del Edén.

Puede el hombre, en verdad, proveerse de los recursos del arte y de la ciencia, y volar á los cielos para arrancar á los astros el secreto de sus rotaciones prodigiosas y de sus harmónicas órbitas, ocultas á la debilidad de nuestra vista; ¿pero qué telescopio, ni qué cálculo le hará penetrar en el secreto íntimo del Altísimo, acerca de lo que en sí entraña para él la mayor trascendencia?

Cuando el hombre desea con firmeza hallar la verdad do quiera se encuentre, le sale el Catolicismo y le dice cual madre cariñosa: «Yo soy á quien buscas; yo soy el único que te puedo enseñar lo que más te interesa saber y la razón no te puede probar.» En efecto, el Catolicismo da una respuesta clara y precisa á cada una de las preguntas, que, para su inteligencia, en vano el hombre interrogaría á la razón. Ved sino cómo se expresa acerca de esta nuestra aserción uno de los más profundos filósofos, Mr. Teodoro Jouffroy. «Hay un librito, dice, que se hace aprender á los niños y acerca del cual se les examina en la Iglesia: leed ese librito, que es el Catecismo, y hallareis en él una solución á todas las preguntas á cual para el hombre más impor-

tantes, á todas sin excepción. Preguntad á un cristiano de dónde procede la especie humana y lo sabe. Preguntad á ese pobre muchacho que en su vida ha pensado en ello, por qué está en el mundo y lo que será de él después de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle cómo fué creado el mundo y para qué fin; por qué ha puesto Dios en él animales y plantas; cómo fué poblada la tierra, si por una sola familia ó por varias; por qué hablan los hombres diferentes lenguas; por qué sufren; por qué se baten, y cómo concluirá todo esto, y lo sabe. Origen del mundo, origen de la especie, cuestión de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre con sus semejantes, derechos del hombre sobre la Creación, nada de eso ignora, y cuando sea mayor no titubeará sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes, porque todo esto nace y se deriva con claridad y como por sí mismo del Cristianismo. A eso es á lo que llamo una religión grande: la reconozco en que no deja sin respuesta ninguna de las preguntas que interesan á la humanidad.»

Pero estas respuestas tan sublimes que da el Catolicismo á todas las preguntas que puede dirigirle la mente humana, concernientes á sus destinos sobrenaturales, ¿son indudables? ¿Vienen del cielo, de la verdad eterna? En otros términos: ¿es divino el Cristianismo? Escuchadle.

¿Creeis en Dios? os dice la Iglesia; pues creed en mí también; soy la expresión divina de sus pensamientos y de su voluntad. Y tomando después en sus sagradas manos las divinas Escrituras: ved aquí mis primeros títulos, añade; ved aquí las primeras garantías de la verdad de mi enseñanza; hechos que no veis ni tocais, pero en realidad de verdad son más ciertos que si los vieseis y los tocáseis, y por ende tan incontestables como los hechos que os ponen de relieve la existencia y las perfecciones infinitas del Sér Supremo.

De esta tan sublime manera se nos ofrece el Catolicismo, dándonos la clave para descifrar el enigma de los grandes problemas que tienen en perpetua alarma á la humanidad, á la par que la razón; hablamos de la razón destituida de la fe, nada nos dice, nos sepulta en el infierno de la duda durante la vida y en la muerte..... en aquella hora suprema, cuando el hombre está pisando ya los umbrales de la sepultura, engendra en los ánimos la desesperación en presencia de un secreto horrible de incertidumbre y de espanto.....

Hoy en día, en el siglo diez y nueve, en que la luz de la civilización difunde por doquier sus olímpicos rayos; en este siglo en que parece que Dios ha querido amontonar los encantos todos de la naturaleza; en el que se respira el embalsamado aire de

tantas eminencias científicas, literarias y artísticas, cuyos nombres llenan la mente humana y de cuyo seno han brotado á raudales las inspiraciones gigantescas; en este siglo de colosal progreso, decimos, es absolutamente indispensable inculcar la sapientísima máxima del inclito Pascal: «El corazón, dice el ilustre matemático, tiene su orden distinto del intelectual; y tiene sus razones incomprensibles al entendimiento.» Al efecto, el corazón no discute sino que aprueba; experimenta y se da luego cuenta de los instintos y necesidades del alma. El siglo presente ha seguido y sigue todavía la senda trazada por el entendimiento y se ha extraviado; ¿nos obstinaremos en seguir camino tan funesto? Por nuestra parte no cesaremos de insistir, de consuno con una eminencia filosófica de este mismo siglo, que se debe acudir más bien al tribunal de la conciencia, apelar á ese juicio interno que formula en nosotros las leyes de la justicia y de la virtud; invocar el sentido moral que nos dió el Criador para preservarnos de los sofismas de la razón. «La tierra se ha cubierto de desolación, decía Jeremias, porque nadie quiere reflexionar en su corazón.»

La verdad, pues, procede estrictamente del corazón; y de la misma suerte que la aguja imanada permanece bulliciosa, desasosegada, inquieta hasta hallar su norte; Dios que por sí y para sí ha creado el humano corazón, quiere que sólo en El y en lo que á El le conduce halle reposo y su plena felicidad. *Fecisti nos ad te, Deus, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

J. F. E.

Barcelona 24 de Julio de 1893.

MAÑANITAS DE ESTÍO

CUENTO.

A mi buen amigo D. J. Burgada Juliá.

Aquella mañana, como de costumbre, D. Jacinto, después de haber soñado que el río creció durante la noche, dejaba el lecho, cuando la campana de la parroquia tocaba sosegadamente la oración matutina y los grillos entonaban el último tiempo de su sinfonía nocturna.

Con los ojos turbios y el andar perezoso, vestido de dril claro y ancho sombrero de paja basta, la caña al hombro y á la espalda la lata del cebo y el cesto que sirve para guardar el pescado y las provisiones de boca, D. Jacinto tomó un camino estrecho, orillado de pequeños álamos y plantas silvestres de fresco aroma.

Torciendo á la derecha, donde comienza la vereda de descenso al río, hay una fuente oculta por el exuberante ramaje, que,

partiendo de un grupo de piedras musgosas, forma una charca de agua cristalina y serpentea entre la yerba, hasta perderse ramificándose en menudos hilos.

Al llegar á la fuentequilla, nuestro pescador quitóse el sombrero, que dejó con la caña sobre la yerba, y arrodillándose junto á la charca, lavóse manos y cara, exclamando con júbilo y fruición:

—Es imposible que haya agua más limpia y más fresca. Esto alegra los cinco sentidos y las tres potencias.

Secóse con ayuda de la americana y la servilleta que guardaba el almuerzo, y sacando un pequeño frasco del bolsillo tomó un desayuno, que consistía en un trago de aguardiente y otro traguito de agua.

Fresca ya y limpia la cara, y calentado y listo el estómago, tomaba la abandonada vereda cuando el indiviso creciendo de la luz de la madrugada cambiaba sus tonos tibios por las rosadas y alegres tintas del sol, cuyo disco amarillento asomaba.

D. Jacinto había dejado su caña sobre una gran piedra en cuya base formaba el agua un *remanso* azulado, y sacando un canto de pan de la servilleta, se puso á dar un repaso á las higueras cuyo sazonado y sabroso fruto aseguraba ser el mejor algodón para empapar otro trago de aguardiente.

—¡Qué maduros y qué ricos!—decía según iba engullendo;—á estas horas es cuando se pueden comer los higos; y éstos, que están picados de los pájaros, son riquísimos. Ya hemos echado otro puntal al estómago y es hora de dar un tiento á los barbos, que salen también á buscar su desayuno. Dicho lo que, cebó sus anzuelos con una ligereza increíble, y conociendo la profundidad del *remanso* calculó la distancia de los anzuelos al corcho, que botó en el agua y comenzó á pasearse por la superficie.

Gracias á la transparencia de la corriente, el pescador veía el fondo del río y en él un ejército de menudos barbos que se apiñaban junto al cebo y tiraban con precaución de la punta del anzuelo, sin poder tragarle por sus diminutas fauces, pero logrando llevar cada uno su parte.

—¡Mala canalla!—murmuraba por lo bajo D. Jacinto;—saben más que Briján.

—¿Y quién era ese *güen* señor?—gritóle en aquel instante á los oídos una voz femenil y fresca.

—Calle! Eres tú, Marieta?

—Con que... vamos á ver si saca V. alguno... que me aguarde.

—Pues siéntate y calla, que me ahuyentas los barbos.

El pescador, que seguía sin respirar los movimientos de los peces, no quiso continuar su conversación con Marieta, que era tan alegre y vivaracha al hablar como pulcra y recatada en sus acciones.

La moza, que venía al río á jabonar unos trapos, colocóse á

la orilla del remanso y subiendo hasta los codos las mangas del jubón, comenzó á agitar sus desnudos brazos sin distraer á don Jacinto, que continuaba absorto contemplando sus anzuelos.

De pronto una alegría muda se pintó en su rostro, el brazo le oscilaba de emoción... se hundió el corcho... cerró los ojos... tiró de improviso y una madrilla plateada saltó á la yerba, presa en el anzuelo.

D. Jacinto miró orgulloso á Marieta, enseñándole ufano la madrilla pendiente del sedal.

—Ole, olé! gritó ella levantándose y cogiendo entre sus manos el pez.

—Pero, chica, ¿tú no habías visto sacar una madrilla? —le dijo D. Jacinto en el colmo de su gozo.

—Nunca, señor Jacinto; siempre le queda á una algo que ver.

Este, después de arreglar el cebo, había vuelto á echarlo al agua y seguía observando los movimientos del corcho.

Marieta volvió á sus trapos, y cuando más entusiasmado estaba D. Jacinto, viendo ya otra pieza cerca del anzuelo, la chica, que se cansaba de callar, entonó á grito pelado la copla:

Camino de Zaragoza
tengo mis amores, madre,
y á la Virgen del Pilar
le digo que me los guarde.

La canción de la lugareña le hizo á D. Jacinto la misma operación que una coz de macho montañés.

—¡Condenada! ¿No te he dicho que callaras? Pues buenos están los barbos. Tienen más oídos que un cañón. Con esos gritos *desaforados* querrás que vengan á picar los barbos.

—Fero oiga V., ¿también esos animalitos tienen oídos?

—No que no! Más que tú, tarambana.

—¡Pues qué se le va á hacer! Si hoy no pican otro día picarán.

Y Marieta, soltando la carcajada, cogió sus trapos y comenzó á tenderlos sobre los mimbres y las zarzas, sin dejar de entonar sus coplas, que concluyeron por desconcertar al bueno de don Jacinto hasta tal punto, que plegando el aparejo tomó el camino del pueblo más huido que un asno suelto.

En el camino encontró al veterinario, que se dirigía, cabalgado en un mal penco, á la aldea vecina.

—¿Cómo es eso, D. Jacinto, tan temprano y ya de vuelta? ¿Qué tal la mañana? ¿Se llenó el cesto?

—Hoy no hay peces.

—¿Y eso?

—Sólo queda una trucha... y es muy gorda.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

RECUERDOS

I

Un día, cuando en la cuna
Dormitaba al dulce són
De los cantos de mi madre,
Percibí una tierna voz
Más suave y más armoniosa
Que el trino del ruiseñor,
Cuando en espesa arboleda
Oculto á la luz del sol,
Cantando hermosas baladas,
Mece el sueño de su amor.
Era el ángel de mi vida,
Que para mí Dios creó;
Era el ángel de mis sueños,
De mi cándida ilusión.
Y recuerdo que me dijo,
A solas, entre los dos:
«Yo soy un ángel, y tú
Eres ángel como yo;
¿Cuándo seas más crecido,
Perderás este candor?»

II

Un día estaba sentado
Bajo las ramas frondosas
De un árbol que en el jardín
Esparcía fresca sombra,
Juntando flores con flores
Para hacer una corona
Por mi madre, cual el ángel
Para la Virgen la forma.
Y oí murmurio suave,
Como un eco de la gloria,
Cual del céfiro el arrullo
Meciéndose entre las hojas.
Le conocí: era él,
El ángel de mi custodia,
Que allí venía tal vez
A ayudarme en mi corona.
Volví el rostro alegremente
Y ví su faz melancólica,
Y asomaban á sus ojos
Dos lágrimas temblorosas.
Y entristecido le dije:
—Ángel mío, por qué lloras?

¿No estás contento de mí,
Que así tan mustio te tornas?
No llores, bello angelito,
Que tu llanto me acongoja.—
Y recuerdo que cambiando
Su mirada en cariñosa,
Me dijo aquestas palabras,
Allá, entre los dos, á solas:
«Triste estoy porque perdiste
Tu inocencia candorosa,...
Pero aún tu corazón
Palpita para la gloria.
¿Perderás, cuando mayor,
La virtud, que es tu corona?»

III

Una noche contemplaba
Los temblorosos reflejos
De aquellos globos de luz
Que alumbran el firmamento,
Y admiraba pensativo
El caer de algunos de ellos.
—Por qué caen, me decía,
Y á dónde van esos cuerpos?—
Y absorto y meditabundo,
La vista fija en el cielo,
Intranquilo el corazón
De miedo y sombras envuelto,
Oí un eco solitario
Que retumbaba en mi pecho,
Y conocí la voz dulce
Del ángel de mis ensueños,
Que sin duda penetraba
En mi oculto pensamiento.
Y me dijo:—¿Qué? No sabes
De aquellos astros el término?...
El abismo. Es el abismo
La tumba de sus destellos:
Temblaban ante las sombras,
Y á su influjo se rindieron.
Ay! las almas que sucumben,
No brillarán en el cielo;
Dios las arroja de Sí,
Como arroja aquellos cuerpos:
Aquéstos van al abismo,
Aquéllas van al infierno.

R. O. E.

Igualada 25 de Julio de 1893.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

XVII

Mi querido Conrado: Puesto caso que en tu última te manifestas conforme con la idea de la moral evangélica que te he expuesto, y prescindiendo de los ligeros reparos que me opones á algunos conceptos secundarios por mí vertidos, y en los cuales, por otra parte, haces poca insistencia, cual si arguyeras por no abandonar el sistema algún tanto oposicionista que en un principio adoptaste, paréceme que podemos dar este punto por suficientemente dilucidado, y que podemos aplicar toda nuestra atención al estudio de la Iglesia cristiana, ó sea de la Religión social fundada por nuestro Señor Jesucristo. Que no basta, Conrado amigo, haber demostrado que Jesucristo introdujo en el mundo el concepto adecuado de la religión verdadera, la cual, como hemos visto, es la comunicación íntima entre Dios y el hombre, la elevación del hombre á la posesión de la vida divino-humana, que sustancialmente existe en Cristo, y se hace extensiva á los redimidos mediante los Sacramentos; ni basta haber añadido que es necesario, dada la degradación original de nuestra naturaleza, practicar la moral evangélica, para asegurarnos en la fruición de la vida divino-humana que Cristo nos mereciera; porque ni se limitó, ni pudo limitarse á eso, el plan de nuestro Redentor divino, quien para comunicarnos su vida y aplicarnos sus merecimientos, y asegurar el éxito de su misión redentora y santificante, poniéndola á cubierto de los errores y de las pasiones del hombre, instituyó la Iglesia, encargada de continuar la obra del Hijo de Dios sobre la tierra. Es pues necesario que estudiemos la Iglesia, que no es otra cosa que la forma social de la religión cristiana, la aplicación histórica del plan divino relativo á la salvación del género humano.

Mas para formarnos de ella una idea bien exacta, debemos preliminarmente dar respuesta satisfactoria á la siguiente pregunta: ¿Cuándo instituyó Cristo la Iglesia? Porque la generalidad de los fieles, y en este número incluyo á personas ilustradas, y hasta no pocos que han seguido cursos teológicos, creen de buena fe que Cristo, mientras vivió mortal sobre la tierra, dejó establecida la Iglesia y le impuso la misión de continuar su obra, durante el rodar de los siglos, en beneficio de los humanos, asegurándole su asistencia y su duración hasta el fin del mundo. Error gravísimo, del cual se desprenden consecuencias muy funestas, como te haré ver más adelante. Durante su vida mortal, Jesús no fundó la Iglesia, sino que se dedicó á merecerla. Cuando exha-

laba su último suspiro en los brazos de la Cruz sobre la ensangrentada cima del Calvario, entre el llanto de los ángeles, las blasfemias de los hombres, los estremecimientos de la naturaleza y el abandono del Eterno Padre; ¿dónde ves, tú, la Iglesia, amigo Conrado? ¿La formaban acaso aquellos Apóstoles y discípulos que andaban desperdigados, temiendo ser reconocidos por partidarios de Jesús? ¿Era jefe de esa Iglesia aquel Pedro que poco antes había cobardemente negado á su Maestro, y que ahora se hallaba escondido por miedo á los judíos? ¿Era uno de los príncipes de esa Iglesia aquel traidor y avaro Judas, que por 30 monedas de plata había vendido á Jesús, entregándole á mansalva al furor de sus implacables enemigos?

Dime, Conrado, puesta la mano sobre el corazón, ¿crees de buena fe, que si Jesús, Hijo de Dios y en posesión de la omnipotencia, se hubiera propuesto establecer la Iglesia antes del Sacrificio del Calvario, hubiera logrado tan exiguos y tan ruines resultados de sus tres años de incesantes trabajos? Contempla al buen Jesús catequizando incesantemente á las muchedumbres, confundiendo á los fariseos, refutando á los escribas, adoctrinando á los ancianos, predicando á todos el reino de Dios, y recorriendo las ciudades, los pueblos, las aldeas, las campiñas, precedido de una fama extraordinaria, acompañado de una venerabilidad avasalladora, seguido de un asombro insuperable, obrando por do quier prodigios estupendos, dando vista á los ciegos, oídos á los sordos, movimiento á los paralíticos, limpieza á los leprosos, vida á los cadáveres, y arrebatando á cuantos le oían con la elocuencia de su palabra, con el prestigio de su santidad, con las maravillas de su omnipotencia, con el resplandor que irradiaba su divinidad velada; contempla esa obra de propaganda activa realizada durante tres años por el Hijo de Dios, y viendo los raquíuticos frutos recogidos á costa de tanto trabajo, de tanto celo y de tantos prestigios; ¿insistes todavía en creer que Jesús intentaba establecer la Iglesia y extenderla, mientras vivió entre los hombres? Abandona esa preocupación, y ten por cierto que la Iglesia debía ser merecida por la Pasión y Muerte de Jesucristo, quien no la instituyó hasta después de su Ascensión gloriosa á los cielos. Yo concreto mi pensamiento sobre esta materia en la frase siguiente: Como el Verbo Divino se hizo hombre para redimirnos, así Cristo resucitado se hizo Iglesia para salvarnos. No busques, pues, la Iglesia durante la vida mortal de Jesús, porque no existía.

Me dirás que los Apologistas, al tratar de la institución de la Iglesia, siempre se acogen al conocido texto: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*, etc. etc., donde claramente se establece la primacia de S. Pedro, el poder de las llaves y la perpetuidad de la Iglesia. Está bien, Conrado, y nadie puede criticar ese discurrir. Pero observa que Jesús no otorgó

entonces á Pedro la primacia, sino que únicamente se la prometió, hablando de futuro y no de presente; *ædificabo Ecclesiam meam, edificaré*, dijo, y no edifico. También se limitó á prometerle para lo venidero el poder de las llaves, no dándoselo por entonces: *Et tibi dabo claves regni cælorum*. No dijo Jesús: te doy las llaves del reino de los cielos, sino *te daré* las llaves, lo cual es muy diferente. Lo mismo debe observarse sobre aquel pasaje tan llevado y traído por los apologistas, al tratar de la infalibilidad del Papa: *Et ego rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos*. En él asegura Cristo á Pedro que en la Oración del Huerto ha pedido especialmente por él, á fin de que en la época de las pruebas, no le falte la fe, y antes bien pueda confirmar en la misma á sus hermanos. Y tanto es así, que horas después ese Pedro, cuya perseverancia en la fe Cristo ha pedido al Padre Eterno, abandona cobardemente esa fe, intimidado por las reconvenciones de una moza de cocina. Es también argumento de que Cristo no dió á Pedro la primacia en el pasaje antes comentado, el hecho de que los Apóstoles, celebrada ya la Cena Pascual, y la víspera de la Pasión, todavía contendían entre sí acerca de quién de ellos tenía mayor dignidad: *quis eorum videretur esse major*; lo cual no hubiera ciertamente ocurrido, si Jesús hubiera ya fundado la Iglesia sobre la supremacía de Pedro.

La timidez, la falta de convicción, la inconstancia, la fragilidad, de que Pedro dió muestras tan palpables, cuando vió á su Maestro en poder de los sayones, eran también patrimonio de los demás Apóstoles y Discípulos. Concluida la Cena, é inmediatamente antes de retirarse Jesús al Huerto de Getsamani, habló claramente á los discípulos acerca de su Divinidad, de tal manera que aquéllos hubieron de decirle: «He aquí que ahora hablas claro y no usas de parábolas. Ahora conocemos que lo sabes todo y no necesitas que nadie te pregunte: por eso creemos que saliste de Dios.» Pero Jesús les dijo: ¿Lo creéis de veras? «Mirad que llega la hora, y es ya venida, en que cada uno de vosotros se irá por su lado, y me dejareis solo.» Y realmente nos dice S. Mateo que, al ser amanillado Jesús, *discipuli omnes, relicto eo, fugerunt*; todos los discípulos, abandonándole, echaron á correr.

Leyendo sin preocupación los Evangelios, se adquiere la convicción de que los Discípulos, no sólo antes de la Pasión y Muerte de Jesús, sino aún luego después de su Resurrección gloriosa, tenían dudas acerca de la Divinidad de su Maestro. Y es que Jesús no quiso inculcarles, mientras vivió entre ellos, una noción clara acerca de su Persona y de su misión, y antes por el contrario, se limitaba á hablarles en parábolas y de un modo velado, y sólo inmediatamente antes de entregarse á discreción de sus enemigos, les dijo: «Estas cosas os las he dicho en parábolas, pero viene el tiempo en que ya no os hablaré en parábolas,

sino que os hablaré claramente del Padre. En aquel día pedireis en mi nombre...» Donde claramente se ve que Jesús se proponía adoctrinar á los Discípulos acerca de su Divinidad, después de terminada su peregrinación sobre la tierra. Por eso el evangelista S. Juan al relatarnos la sorpresa que experimentaron la Magdalena, S. Pedro y S. Juan, viendo que el cadáver de Jesús había desaparecido del sepulcro, hace esta observación: Aún no entendían la Escritura, según la cual convenia que Jesús resucitase de entre los muertos: *nondum enim sciebant Scripturam quia oportebat eum à mortuis resurgere*. En ese pasaje se ve que si los Discípulos de Jesús se habían acreditado de cobardes y ruines durante la Pasión, ahora que debían cumplirse las promesas que el Maestro les hiciera de resucitar al tercer día después de muerto, se acreditaban de poco avisados ó de sobrado incrédulos. Tan claras habían sido las palabras de Jesús acerca de su Resurrección, que cuando hubo muerto, «concurrieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos á Pilatos y le dijeron: Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor dijo, cuando aún vivía: Después de tres días resucitaré. Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el día tercero; no vayan acaso sus Discípulos y le roben, y digan al pueblo: resucitó de entre los muertos; y este error será peor que el primero.» Mas tan lejos estaban los Discípulos de creer en esa resurrección que, cuando María Magdalena vió levantada la piedra del sepulcro, fué corriendo á encontrar á Pedro y á Juan, y les dijo: *Quitaron del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto*.

Hay más todavía: las piadosas mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea, y habían presenciado el enterramiento del cadáver envuelto por José de Arimatea, provistas de aromas y bálsamos fueron al sepulcro, al amanecer del domingo, para embalsamarlo, y hallaron el sepulcro abierto y que no estaba allí el cuerpo de Jesús, causándoles esto una gran sorpresa. Mas apareciéronseles dos ángeles, que les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que resucitó. Acordaos de lo que os habló, cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: conviene que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los hombres pecadores y crucificado, y que al tercero día resucite. *Y se acordaron ellas de sus palabras*. Y habiendo vuelto del sepulcro, contaron todas estas cosas á los once y á todos los demás. *Y ellos tuvieron esto por un delirio, y no las creyeron.*»

No quiero amontonar más observaciones en aclaración de mi tesis. Lo expuesto debe bastarte para que quedes convencido de que la Iglesia no existía al expirar Jesús en el Calvario, ni aún después que hubo resucitado de entre los muertos. Bien á las claras se ve que Jesús no puso empeño alguno en dejar establecida su doctrina, pues ni aún aquellos que debían difundirla

por todo el mundo, tenían suficiente conocimiento de ella, ignorando los dogmas fundamentales, y no sabiendo á qué atenerse ni aún sobre la Divinidad de su Maestro, cuanto menos acerca de la redención, de los Sacramentos, de la moral y de la organización social de la obra cristiana. Los Apóstoles y discípulos de Jesús no estaban dispuestos, cuando se consumó el Sacrificio del Calvario, para la misión trascendentalísima que muy pronto habían de desempeñar, imponiendo al paganismo la Divinidad del Crucificado y convirtiendo el mundo al culto de la Cruz. Ni se les había intimado esa misión, ni hubieran por entonces podido comprenderla. Pero realizado el Sacrificio del Calvario y resucitado Jesús según que lo había prometido, empezó á imperar un nuevo orden de cosas. La Iglesia había sido ya merecida, é iba á ser establecida por el Hijo de Dios resucitado, que al efecto debía valerse de aquellos mismos Apóstoles antes tan rudos, tan tímidos, tan inconstantes, tan ineptos para la grandiosa obra que iba á confiárseles.

Nada tan solemne, tan grandioso, tan sublime, como la colación de la investidura del Apostolado, hecha por Jesús después de su Resurrección y antes de su Ascensión gloriosa á los cielos. Como conocía bien la ignorancia y apocamiento de sus discípulos, jamás se hubiera atrevido á hablarles el lenguaje que les dirigió, si no hubiera sido Dios, si no hubiera dispuesto de las inteligencias y de las voluntades de los hombres. El lenguaje de que Cristo se valió en esta ocasión, es el lenguaje de la omnipotencia: «Se me ha dado, les dijo, todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles á obrar todo lo que os he mandado. Y mirad que yo estoy todos los días con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Con razón se ha dicho, que semejante lenguaje, dirigido á los discípulos que tan insuficientes se habían mostrado para salir airoso en empresa de alguna entidad, si no era el lenguaje de un loco, era el lenguaje de un Dios. Y á la misma conclusión conduce aquel pasaje del cap. XX de S. Juan, en que nos presenta á los discípulos, reunidos en secreto por miedo á los judíos, *propter metum judæorum*, y apareciéndoles Jesús les dice: «la paz sea con vosotros. Así como el Padre me envió á mí, así también os envío yo á vosotros. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo: á aquellos cuyos pecados perdonareis, les serán perdonados, y á aquellos á quienes se les retuviereis, les serán retenidos.» Añade, por último, las palabras con que otorgó, por aquellos mismos días, la primacia de la Iglesia á S. Pedro, y que sabes son: *pasce oves meas, pasce agnos meos*; y deducirás de todo esto, que después de la Resurrección, Jesús confía la misión evangelizadora á los Apóstoles, y que los habilita para fundar con ellos la Iglesia cristiana.

Mas aunque investidos ya de la misión apostólica Pedro y sus compañeros, no quiso Jesús que por entonces se dedicaran á ella, sino que les previno que permanecieran aún algunos días más en Jerusalén, hasta que les enviara el Espíritu Paráclito, quien debía enseñarles todas las verdades que ellos debían predicar á los hombres. Y el mismo Jesús, en los días que mediaron desde la Resurrección hasta su Ascensión gloriosa, se apareció varias veces á sus Apóstoles y les instruyó en los misterios de la religión que habían de establecer en el mundo. Considera con alguna detención los siguientes textos evangélicos.

«Cuando venga el consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, y que os enviaré de parte del Padre, él dará testimonio de mí, y también vosotros dareis ese testimonio, porque desde el principio estais conmigo » S. Juan XV, 26.

«Aún tengo muchas cosas que deciros; mas, no podeis comprenderlas ahora. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad; porque no habla de sí mismo; sino que dirá todo lo que hubiese oído, y os anunciará todas las cosas que están por venir. El me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará.» S. Juan XVI, 12, 13 y 14.

«Y les dijo Jesús: Estas son las cosas que os decia cuando estaba aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos. Entonces se les abrió el sentido para que entendieran las Escrituras, y les dijo: así está escrito y así era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercero día; y que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados á todas las naciones empezando por Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas, y yo voy á enviar sobre vosotros al prometido de mi Padre; mas entretanto perseverad vosotros en la ciudad, hasta que seais revestidos de la fortaleza de lo alto.»

No sé, querido Conrado, si te habrás convencido de que la Iglesia cristiana no existía antes de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y discípulos reunidos en el Cenáculo. Yo, antes de esa época, no veo á la Iglesia en ninguna parte. Sólo sé, por documentos que fueron escritos muy posteriormente, y que á la sazón á que nos referimos no existían, que Jesucristo había prometido el establecimiento de esa Iglesia sobre la jefatura de Pedro. Sé que en las diversas veces que se apareció á los Apóstoles y discípulos durante los cuarenta días subsiguientes á su Resurrección, les dió la investidura del apostolado y les prometió enviarles el Espíritu Santo y les aseguró que El mismo permanecería en medio de ellos hasta el último suspiro de los siglos. Y deduzco de todo eso, que en los 33 años de existencia mortal, Jesucristo se aplicó á merecer la Iglesia, cuyo establecimiento había sido el objetivo principal de la Encarnación del

Verbo. Así me explico el cambio radical que observo en Jesús, después de resucitado, en sus relaciones con los Apóstoles y discípulos; pues mientras vivió con ellos durante los tres años últimos de su mortal existencia, no quiso trasformarlos en verdaderos ministros suyos, dejándoles con sus ignorancias, con sus defectos, con sus debilidades, con su ineptitud radical para la grande obra á que les destinaba; pero después que por el sacrificio de la Cruz hubo merecido la Iglesia, hace de aquellos hombres rudos, sencillos, tímidos, groseros, los personajes más perspicuos de la historia, los agentes de la revolución más trascendental que registran los anales humanos, los encargados de la misión más sublime que se ha confiado jamás á puras criaturas. Mas no pierdas de vista que cuando el Espíritu Santo descendió sobre el Cenáculo, aunque los Apóstoles y los discípulos quedaron habilitados para realizar el plan histórico de nuestro Redentor, todavía no aparece la Iglesia en ninguna parte: sólo vemos el núcleo primitivo, el germen de esa Iglesia: vemos á los elegidos de Dios para formarla y establecerla.

Otro día, puesto que la presente es ya demasiado extensa, te explicaré el desenvolvimiento histórico de la Iglesia cristiana, cuya primera aparición surgió del Cenáculo, después de la venida del Espíritu Santo.

Sabes cuanto te quiere tu afino. a. y s. s. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 30 de Julio de 1893.

PENSAMIENTOS

Cuando un sistema filosófico caduca, pierde su acción propagandista; lejos de aumentarse el número de sus prosélitos, se disminuye; no se hace nueva aplicación de sus doctrinas; se derrumban las que se hicieron; todo se prepara para que caiga en desprecio y luego en olvido.

Balmes.

*
* *

No solamente son los ojos los que viendo todos los objetos que están fuera, no tienen la facultad de verse á sí mismos; pues nuestra alma es en esto semejante, porque teniendo bastante luz para descubrir los defectos de otro, tiene muy poca para conocer los propios vicios.

San Basilio.

*
* *

Así como las flores del rosal por falta de cultivo degeneran hasta trasformarse en una especie de rosas de escaramujo, los críticos sin estudios superiores se convierten por empirismo en unos verdaderos malas lenguas. Creen que criticar es zaherir. No saben que la crítica, cuando no parte de un principio superior de metafísica que sirva de pauta general, ó es un medio despreciable de desahogar la bilis, ó un antifaz para lanzar impunemente dardos calumniosos.

Campoamor.

*
* *

De dos maneras puede representarse á los hombres: como son ó como deben ser. Para lo primero, basta el retratista; para lo segundo, se necesita el pintor de genio, de inspiración creadora. Concedo sin esfuerzo que el mérito de éste es superior, en absoluto, al de aquél; pero que, tratándose de *dar á conocer* á un individuo, haya de representársele *como debe ser* y no *como es*, no lo concedo aunque me aspen.

Pereda.

*
* *

La fe es el lazo lógico que une la razón humana á la razón divina, reconocida por medio de la revelación, para elevar aquélla de claridad en claridad á su conocimiento, á su inteligencia y á su participación, valiéndose de procedimientos conformes á nuestra miseria y á nuestra grandeza.

Augusto Nicolás.

*
* *

Cada período revolucionario marca una aspiración insensata del orgullo humano, el cual pretende llegar en su locura, sin el auxilio divino, al término de una felicidad imaginaria.

Canga-Argüelles.

*
* *

El hombre cuando se despeña en el mal, es peor y más cruel que los animales feroces; cabalmente porque tiene razón.—El hambre de las fieras se sacia, no el corazón del hombre.

Aparisi y Guijarro.

*
* *

Es muy distinguida en sociedad la persona que á su mérito real une la modestia.

Fernán Caballero.

Recogidos por J. B. J.